CAPÍTULO VI.

DEL CELIBATO ECLESIÁSTICO.

El celibato apaga la caridad en las almas.
SAN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromates*, p. 454, edicion de Louvre.)

Es una regla de la naturaleza que cuanto mas se disminuye el número de los matrimonios que pudieran verificarse, mas se corrompen los existentes.
(MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, lib. 23.)

DESPUES de la doctrina de la santidad de las vírgenes, viene la doctrina del celibato de los sacerdotes; ambas tienen el mismo orígen y se refutan por los mismos hechos. Sin embargo esta última merece un exámen á parte. Su poder es político, su institucion santa: resultando de ello que está puesta en la Iglesia bajo la guardia de la ambicion, y en el mundo bajo la guardia de las conciencias. ¿Qué raciocinio pudiera vencer estas dos fuerzas? A la ambicion nada la mueve como no sea la desgracia; y la conciencia nada vale tampoco si no es ilustrada. Empecemos por la conciencia: destruyendo sus preocupaciones, disiparemos sus alarmas; conocer el error, es dar un primer paso hácia la verdad.

El celibato de los sacerdotes ¿es un dogma fundamental de la fe, tal que no pueda sin incurrirse en un sacrilegio someterse á la razon humana?

No es un dogma de fe, toda vez que le hallamos en el paganismo, en la idolatría, mucho tiempo ántes de la religion de Jesucristo.

No es un dogma de fe, toda vez que en la Iglesia primitiva los sacerdotes se casaban, y que ningun dogma fundamental puede datar de los siglos V y XII.

No es un dogma de fe, toda vez que el papa conserva el derecho de *secularizar* á los sacerdotes, es decir, de volverlos al siglo, anulando el voto de castidad, y que todos los derechos del papa desaparecen ante los dogmas de la fe.

Luego el celibato es simplemente un objeto de disciplina eclesiástica. Teniendo por base el interes material de la Iglesia, puede examinarse si está en el interes moral de los pueblos, porque no se trata de averiguar lo que conviene á Roma, sino lo que conviene á la humanidad.

Sin embargo, lo que conviene á la humanidad es lo que en el dia, fuerza es ya conocerlo, conviene á Roma. La salud del sacerdocio pende de su buen juicio. Atravesando diez y ocho siglos de barbarie y de luz, sus ojos, lo mismo que los del resto del linaje humano, han debido abrirse; se halla al pié de un nuevo horizonte: ¿osaria presentarse en él con la cabeza cubierta de una capilla, el semblante manchado de ceniza, con la disciplina en la mano, á los ojos de la inteligencia y de la libertad?

Sobrado tiempo, tal vez con la mejor intencion, nos ha tenido Roma sometidos á su capricho, tiempo es ya de que se someta á la razon del Evangelio.

¿Cuál es en el dia la primera necesidad de la sociedad? ¿Cuáles son las plagas que la roen, los dolores que la matan? ¿Son la total corrupcion de costumbres, las divisiones de familia, el lujo de la fiesta, los escándalos del juego, de la mesa y de los trajes? — No: las costumbres han mejorado, el hom-

bre vive mas en su casa, hace mas aprecio de su mujer, educa á sus hijos con mayor cariño, ya no hace alarde del vicio. ¿Dónde está pues el mal? ¿Estaria en las filosofías charlatanas, materiales, impías que asolaron el último siglo? — No : ya no hay sofistas, ya no hay impiedad ni tampoco tales filósofos: el ateo mas atrevido pasaria sin ser notado, sin elogio ni vituperio, el paradojo mas insensato no excitaria ni tan solo la curiosidad. El hombre en el dia ni es incrédulo, ni creyente; es sí indiferente.

Pero esta indiferencia ataca principalmente la religion. La fe humana se ha gastado en los espectáculos del fanatismo. El pueblo necesitaba otro estímulo, y algunos progresos hácia la libertad han producido una nueva pasion : la política. En ella se refunde hoy todo el ardor del mundo civilizado. ¡Extraña ceguera! Una juventud entusiasta por la justicia y la civilizacion, quiere conseguir una y otra sin acordarse de Dios. Devorada por la sed ardiente de una perfeccion ideal, avanza sin culto y sin principios, como si la libertad pudiese separarse de la religion, que nos la ha dado, la religion de la moral, y la moral del derecho.

Contemplad ese caos de pasiones humanas. El hombre parece no tener en la cabeza sino intereses y opiniones; se ha reducido á su inteligencia.

Si se trata de moral, se desprecia todo sin examinar cosa alguna. Si de política, se aspira á todo, y no se pesa nada. La fe se inclina á este lado, pero es una fe seca y sin poder, porque carece de amor. De los últimos rangos sube al primero de la sociedad, de la multitud abyecta que mira á lo alto con los furores de la envidia y las necesidades de la ambicion, á otra multitud no ménos abyecta, que para conservar sus grandezas se inclina sucesivamente ante todos los poderes. Alzad los ojos, mirad! Treinta años ha que su

fidelidad la mantiene en esa degradante postura : entre el fango y el oro : así morirá.

¿Y dónde hallaremos las causas de tantos males? En la falta de religion. Y la falta de religion ¿de qué procede? De la ignorancia del sacerdocio, de su aversion á la luz, y de la instruccion estúpida que á porfía se empeña en recibir y en dar. Cuando niños, se nos enseña el dogma, se nos imponen prácticas, se nos exhorta á ceremonias; hacemos oracion, ayunamos, comemos de vigilia: á esto se reduce la instruccion de la fe, nada penetra en el corazon, nada satisface la razon, nada ilustra la conciencia. Llegamos á los quince años, cesa la instruccion, y las pasiones se desarrollan. Entónces se descubren á nuestros ojos escándalos que no pocas veces tuvieron origen en la confesion, los libertinajes del celibato; frecuentemente las ambiciones del clero, el vacío en sus prácticas idólatras, y su religion de superficie. Nuestra alma, avergonzada de haberse equivocado, se subleva, lo desecha todo hasta el mismo bien, y volvemos á hallarnos sin principios, es decir, sin fuerza, en medio del delirio de las pasiones, y en la brillantez de nuestra inteligencia.

Tal es en el dia la situacion moral del mundo civilizado. Se ha abusado de nuestra fe, y perecemos en la incredulidad. Perecemos por falta de moral, desechando la religion que debia darnos la vida; perecemos, sin acordarnos siquiera de nuestra alma, sin presentimiento de lo venidero, entusiastas de los derechos del pueblo, mirando con pasion la fortuna y la gloria, y con la mas fria indiferencia la verdad. Hay en ello un hecho inmenso y que era digno de la atencion de los filósofos. El primero que lo indicó fué un hombre de genio despejado y de fe ardiente, un sacerdote profundamente versado en las materias teológicas. Su grito de angustia resonó en el siglo; pero

no teniendo conocimiento del mundo, y lleno de las preocupaciones de los de su profesion, sucumbió desde luego. En vez de corregir los abusos, de clamar por reformas, de destruir los motivos de escándalo, compuso su obra para conducirnos á las doctrinas teocráticas, origen verdadero de esta fatal indiferencia. Su papel debia consistir en poner la religion en la luz, y de nuevo la puso en las tinieblas, no viendo que cuando el disgusto nos retrae, el amor es el que debe llamarnos. ¡Negando la razon al paso que se apoya en la del linaje humano, insultando á autoridades respetables, creyendo así refutarlas; aun mas, tratando la veneracion á Sócrates de baja inclinacion (1), y condenando las tres cuartas partes del linaje humano, creia en su frenesí hablar á su siglo!

Uno de los medios mas poderosos para hacernos volver á la religion, es el matrimonio de los sacerdotes. En otro tiempo el sacerdocio se separó de la sociedad para dominarla, hoy ha de volver á entrar en ella para salvarla. La vida de aislamiento y de miseria no está hoy conforme ni con los pensamientos de los pueblos, ni con las necesidades de la religion. La misma Roma decidió la cuestion: á lo ménos así lo prueban sus dignidades y sus riquezas. Dejémonos pues de invocar el ejemplo de los santos; sus sacrificios no tendrian objeto visible, ni sus penitencias adoracion. El siglo les pide virtudes de familia, y no virtudes de anacoretas, virtudes cristianas y civiles, virtudes conyugales y paternales. Los obispos no serán ya unos extranjeros en medio de las naciones, amos en medio de esclavos, santos en medio de condenados: serán hombres y ciudadanos.

Siempre benéficos con sus palabras, con sus ejemplos, con su amor; siempre respetados y queridos, si cumplen con lo que les impone el Evangelio.

(1) Ensayo sobre la indiferencia en materia de religion, por el abate de La Mennais, t. I, p. 79.

Y en verdad lo que se les pide hoy, es ménos difícil que lo que ellos procuran inútilmente conseguir seiscientos años ha. No lograrán jamas sofocar la naturaleza, al paso que no es difícil sujetarla á regla.

Las doctrinas divinas no tienen ménos fuerza que las leyes naturales. En todas partes suponen el matrimonio de los sacerdotes, y suponerle sin prohibirle, equivale á adoptarle. « Que el obispo sea marido de una sola mujer (1), dice san Pablo. Estableced « los sacerdotes SEGUN EL ÓRDEN, es decir, maridos « de una sola mujer (2), » dice igualmente san Pablo; nótense con cuidado estas palabras: SEGUN EL ÓRDEN, es decir, segun las leyes de la naturaleza. Y por otra parte, cuando arrebatado de celo preconiza el celibato, se apresura á añadir: « Y en cuanto á la virginidad, YO NO HE RECIBIDO PRECEPTO ALGUNO del Señor, y lo que digo no pasa de puro consejo (3). »

Así es que como el maestro no ha dado ningun precepto, el discípulo no se atreve á dar sino un consejo. ¿Dónde está pues, obispos de nuestros dias, vuestra autoridad para hablar un lenguaje diferente del de los apóstoles?

Ando buscando la mision de los poderes eclesiásticos, y les pregunto: ¿de quién habeis recibido derecho para imponer al hombre obligaciones opuestas á las leyes de la naturaleza y que hacen imposible la salvacion?

Los sacerdotes, creando virtudes imaginarias, no han creado sino vicios y crímenes reales. El celibato, muy léjos de conducir á la pureza, es uno de los mas

(1) Carta primera á Timoteo, c. III, 2.
(2) Epístola á Tito, c. I, 6.
(3) Epístola primera á los Corintios, c. VII, 25.

poderosos vehículos del desórden, el escándalo del mundo y la destruccion del linaje humano.

Cuanto mas exactos son los textos, mas nos admira su violacion. ¿Cómo se atrevió Roma á borrarlos de su libro á la faz del mundo? Cuestion inmensa que solo puede resolverse por la siguiente: ¿Con qué objeto fué establecido el celibato? Al examinarlo se descubren á nuestra vista los mas secretos resortes del poder del gobierno pontificio. Concepcion gigantesca, creacion atrevida que realizó en un instante la monarquía universal en medio de los pueblos. Los conquistadores habian pensado en ello; la Iglesia pacífica lo llevó á cabo: un pueblo de sacerdotes vino á ser un pueblo rey. La democracia mas dilatada en las manos del déspota mas poderoso, un mortal cuya palabra es infalible, un juez cuyos fallos no tienen apelacion, un Señor de los tronos y de las conciencias, que forma reyes en la tierra y santos en el cielo; un semi-Dios que reina en las almas, y cuya voluntad inflexible imprime un solo pensamiento, una sola creencia, un solo movimiento á todos los pueblos del universo: tal es Roma y su ley.

¿Qué arrogante genio en un dia de desden, osó decir el primero: Yo edificaré una ciudad sabia á la cabeza de las naciones bárbaras; apoyaré una república libre sobre los tronos de los déspotas mis súbditos? Armando á los unos de inteligencia, de estupidez á los otros, segun fuere necesario, cubriré el mundo con mis soldados, estos formarán un ejército santo que no muera jamas, ejército exigente que mendigará á la puerta de los cortijos el último pedazo del pan del pobre, y recibirá en las gradas de los templos los homenajes y las súplicas de los reyes.

¿Qué genio atrevido, echando sus redes en el mundo, imaginó dominarlo por medio de disciplinas, del ayuno, del martirio, extendiendo en todas partes

su regla, dándole la fuerza de una ley política, y sujetando á ella la vida de las naciones como la vida de los monasterios; teniendo un oido en todos los templos para recoger los secretos de un mundo que maldecia, y ojos en todo el globo para vigilar el cumplimiento de una sola ley, la gloria de una sola voluntad? Roma entónces avanzaba cual gigante altivo, cogiendo con sus mil brazos los pueblos del Oriente y del Occidente, caminando al norte y al mediodía, y llena de la fuerza divina que le daba su inteligencia, envolviendo segunda vez el mundo en las mantillas sagradas del Egipto.

¡Qué genio sublime, habiendo concebido el proyecto de salvar el honor de la humanidad, elevó, en el infierno de la edad media, uno como imperio celestial fuera del alcance de los tiranos, bajo la salvaguardia de las creencias y de las conciencias! ¡Quién le inspiró una combinacion tan profunda, unas leyes viriles, que de cada monasterio, de cada iglesia, de cada obispado formaban una república independiente, y de todas estas repúblicas una vasta familia, esparcida en la inmensidad del globo! Poder plebeyo, que hacia doblar las cabezas nobles y reales; poder real y divino, escogido de entre las clases del pueblo, á la faz del mundo feudal; poder inteligente, elevado en odio de las potencias materiales, de las potencias armadas y destinado á someterlas. Pueblo-rey de todos los demas pueblos, formándose por la ciencia, gobernándose por eleccion, aislándose por medio del celibato; siempre jóven, fuerte siempre, ofreciendo el primero y tal vez el único ejemplo de una monarquía absoluta, fundada en instituciones republicanas.

Asi el linaje humano, atacado en todos sus sentidos, veneró al poder eclesiástico, y el mundo obediente quedó postrado en una larga infancia.

Así la sociedad religiosa dominó la sociedad civil, y el Occidente bárbaro reunido en un solo pensamiento que procedia de Roma, proclamó segunda vez á Roma capital del mundo.

Entregada entónces la tierra á convulsiones espantosas, presentó el terrible espectáculo de las creencias impuestas por medio del hierro y del fuego. Entónces el dogma recorria el globo, cargado de argollas, de hachas, de tenazas, de puñales; con semblante feroz, con actitud hipócrita y amenazadora, con sus cien mil libreas monásticas desde el sayal hasta la púrpura, desde la grosera cogulla hasta la tiara con tres coronas, pidiendo limosna con la una mano, empuñando con la otra la espada, y pisoteando las cabezas de los reyes; abrazando la tierra para encadenarla, degollando las naciones hasta convertirlas; llamándose heredero de aquel cuyo reino no es de este mundo, y repitiendo con infernal audacia las palabras de Satanás en la montaña: « Todos los reinos de la tierra son mios! »

Tal fué el imperio del gobierno pastoral. Añadamos que sus levitas cobraban el diezmo de todas las naciones, que heredando siempre y no legando jamas, las riquezas del universo iban acumulándose en sus templos. Que quedándose con el monopolio de la educacion pública, dictaban los pensamientos de todas las generaciones, y les imponia sus doctrinas: que siendo débil, reinó por medio del martirio; que siendo fuerte, reinó por medio del verdugo; y en fin, que siendo solo en el globo, premiaba el saber, dándole las dignidades que el mundo atribuye á la nobleza, y de una ojeada podrá comprenderse el orígen de su poder y las esperanzas de su ambicion. Todo está comprendido en estas palabras: unidad de doctrina: igualdad delante la ley: eleccion de inteligencias en el seno de la Iglesia; fuera de la Iglesia

no hay salud: es decir, nada de inteligencia, nada de libertad, nada de igualdad, nada de verdad. Sistema sublime por su audacia, satánico por sus resultados, para cuya duracion solo ha faltado una condicion: la inmobilidad del linaje humano.

Ciertamente la imaginacion no podia concebir otra cosa mas grandiosa. Pero ¡qué sorpresa, cuando echando una ojeada en esa Babel, cuya cima bamboleante se pierde en los cielos, se viene á reconocer que no tiene en la tierra mas apoyo que el celibato eclesiástico, es decir, la violacion de las leyes de la naturaleza! Dad, en efecto, al ejército de Roma otra patria que no sea Roma, otra esposa que no sea la Iglesia, otro soberano que no sea el papa, en una palabra, casad á los sacerdotes, y la utopia teocrática se desvanece como el sueño.

Así el celibato fué instituido en el interes de la potencia universal: « Proscribimos el matrimonio, » exclamaron los obispos en el concilio de Trento, » porque distraeria la atencion de los sacerdotes há« cia sus mujeres y sus hijos; *porque si se les diese* « *una familia y una patria, los separaria de la depen*« *dencia de la Iglesia.* » Y como si estas palabras no fuesen bastante claras, añaden en seguida: « Permi« tir á los sacerdotes casarse, equivale á destruir la « gerarquía eclesiástica y reducir al papa á obispo de « de Roma (1). » ¡Oís, cristianos! segun la manifestacion de los padres del concilio, el sacerdote no debe tener ni familia ni patria. ¡Oís, cristianos! y no creais que se trate de la pureza del pastor, se trata de poseer el mundo y no de santificarlo. ¡Oís, cristianos! el sacerdocio ha vivido y vive aun en esta fatal ambicion: todos sus reglamentos y todas sus

(1) *Historia del Concilio de Trento* por Páolo Sarpi, traduccion de Lecourayer 1736, 2 vol. en 4°, t. II, p. 506.)

ordenanzas tienden á establecer el grande reino, y para realizar este sistema formidable, viola á un tiempo los derechos de los pueblos, las doctrinas del Evangelio y las leyes de la naturaleza (1).

Triple sacrilegio que se ha hecho inútil aun para la ambicion, porque no puede producir sino la nada. El dominio universal que el sacerdocio quiere llevar á cabo, ha tenido ya lugar entre bárbaros, y no puede renovarse en la Europa civilizada. El principio progresivo ha triunfado del principio estacionario. Si el gobierno pontifical no quiere ver como las naciones caminan sin él en las vias de Dios, apresúrese á caminar con las naciones por las vias de la verdad. La Iglesia, al recorrer esta nueva carrera, no quedaria sin corona: en el instante en que su poder temporal viene abajo, principia su mision espiritual, á la que está prometido el imperio del mundo.

Así la monarquía monástica universal se ha estrellado contra dos leyes de la naturaleza que habia violado:

La ley del amor,

Y la ley de la perfectibilidad del linaje humano.

(1) La ley religiosa debe ser aplicable á todos los climas y á todos los hombres. ¿Qué viene á ser una ley local en una religion universal? la señal evidente de un error. Así que el celibato, impuesto á las castas blancas como un tormento, es imposible en las razas negras. Los desórdenes de los sacerdotes negros y blancos de Santo Domingo son tan espantosos que Petronio no hubiera tenido valor para pintarlos. El celibato léjos de constituir la pureza, da ocasion en aquellas comarcas á inmoralidades monstruosas. De ello resulta que el clero vive allí en un estado continuo de sacrilegio, y que si la Iglesia no adopta el matrimonio, los negros se harán protestantes. ¿Cómo es posible creer, yo no digo en la santidad, sino en la humanidad de una ley, fuera de la cual la naturaleza ha colocado á toda una raza de hombres? Quereis reinar en el globo, y por una sola regla de disciplina os privais de una de las cinco partes del mundo. Si quereis vivir, apoyaos en las leyes de la naturaleza, que son las únicas universales.

En efecto el celibato, que fué causa de su grandeza de un momento, ha sido el principio de su caida. Si los sacerdotes hubiesen sido casados como en los primeros tiempos del cristianismo, la reforma no hubiera tenido fuerza, porque el pueblo no hubiera tenido pretextos para pedirla. La Europa despertó á la voz de cierto sectario, solo porque tenia á la vista el espectáculo de la corrupcion de los sacerdotes y el escándalo de sus concubinas. ¿Qué sucedió? Que fué atacada la Iglesia; un árbol tan lento en formarse, cuyos brazos se extendian á todo el mundo, y de un solo golpe se desgajó una porcion de ramas; otro golpe puede echar abajo lo demas, y disipar esos lúgubres ejércitos que ayunan y se azotan inútilmente á su sombra. Que Roma lo pese bien: la invencion de la imprenta ha dado ojos á la Europa, y todos estos ojos estan alerta observando las acciones de sus levitas. Por medio del celibato no es ya posible que reine, y el celibato le amenaza de muerte por sus impurezas y sus escándalos.